

Dr. Manuel López-Rey

La literatura como expresión de anormalidad y criminalidad

I.—CUESTIONES PREVIAS DE TÉCNICA Y TERMINOLOGÍA.



EN el presente ensayo se van a manejar tres conceptos de contornos imprecisos que no es posible encuadrar en una definición. Dicha imprecisión no debe estimarse como un obstáculo ni como un defecto pues en la vida espiritual humana, cualquiera que sea la forma que la misma revista, no es posible trazar líneas divisorias tajantes que deslinden netamente los distintos aspectos de la actividad del espíritu. Podemos sí, formarnos ciertas ideas y conceptos sobre diversos aspectos de la vida espiritual del hombre y de sus manifestaciones o proyecciones, es decir, podemos captar la esencialidad de dichos aspectos o facetas y aun determinar su naturaleza y características, pero tal deslinde no implica una definición ya que en contra de lo que puede creerse, deslindar o fijar la naturaleza o extensión de algo, no es definir este mismo algo.

Por Literatura entenderemos pues, no el conjunto didáctico de obras que constituyen la producción literaria de un país en un momento dado y menos aun el conjunto de reglas, estilos, principios, etc., que caracterizan tal producción, sino el resultado de una actividad espiritual del hombre, de una deter-

minada profesión: la de escritor, como producción del conocimiento humano y como expresión o índice de una actividad psicológica, de una actuación del espíritu creador del hombre. Más concretamente, como expresión de la mentalidad del autor-escritor. En este sentido, la Literatura nos sirve para determinar si la psicología del escritor, de la profesión de escritor, es índice seguro para llegar a determinar una posible psicología general de la profesión literaria o más modestamente para establecer las bases de un posible estudio psicológico de la misma.

La palabra profesión ha de entenderse aquí no en el sentido de oficio u ocupación con la cual se quiere vivir, pues tal aceptación tiene en nuestro supuesto y para el auténtico escritor un carácter secundario, sino el de vocación o dedicación literaria para la cual se vive.

En el escritor, su obra representa su concepción del mundo o de la vida (arte, orden social, etc.) Con tal indicación, hacemos un nuevo deslinde, pues excluimos de dentro de la Literatura aquélla, que si bien es artística, no tiene un carácter ideológico constructivo o destructivo. Así, pues, la simple novela histórica, la simple ficción, etc., aunque puedan contener indicaciones en el sentido de lo apuntado, quedan de momento fuera de este ensayo.

Excluimos también la Literatura filosófica y la de índole política o económico-social. La primera, evidentemente la más constructiva y personal en cuanto representa una concepción total del mundo y sus fenómenos, no es propiamente Literatura. La segunda no sólo no es literaria, sino que además por los fines que representa o persigue no suele reflejar especialmente la personalidad del autor, salvo los casos de fundadores o creadores de teorías, programas o ideologías político-sociales (Malthus, Marx, Kropotkine, Lenine, etc.), sino las de los credos políticos o sociales que se quieren propugnar, implantar, etc. Tales exclusiones no significa el que dichas obras no puedan ofrecer bases seguras para estudios psicológicos, sino sencillamente

que no son objeto del presente ensayo. En este nos ocupamos de la producción artístico-literaria en un cierto sentido, pues nos han servido de base para fijar en éste, aquellas obras que aun de pura creación artística representan un contenido de lucha o de resistencia frente a un ambiente o una concepción social o contra una incomprensión del arte o de la vida. Tales obras pueden ser constructivas o negativas, pero no pueden considerarse como programáticas, políticamente hablando, aun cuando contengan ideas o gérmenes políticos, sociales, etc. Sobre tal género de obras que son las que constituyen la auténtica literatura, trataremos de establecer la correlación que sirve de título al presente trabajo.

El concepto de anormal o anormalidad sólo puede fijarse de una manera relativa, pues lo normal y su contrario, lo anormal, varían paulatina y constantemente conforme a una evolución psicológico-social. Esta evolución que entraña, a su vez, cierta imprecisión de contornos que se da en la vida social, tiene su paralelo en la Psicología pues entre ambos aspectos—social y psicológico,—las relaciones son íntimas y mutuas.

Por anormalidad se suele entender aquello que se destaca o distingue de lo corriente o diario por su manera de actuar o de ser. Psicológicamente anormalidad es la característica de aquellas acciones, mentalidades, formas de conducirse, etc., que distingue grandemente a éstas de las acciones o conductas de tipo medio o normal (1).

Es evidente que las formas extremas de anormalidad no ofrecen dificultad alguna en cuanto a su determinación. La dificultad surge, y es a veces insuperable, cuando el estado o con-

(1) El concepto y contenido de «Psicología anormal» es obscuro y muy debatido, y no hay un perfecto acuerdo sobre lo que debe considerarse como anormal, desacuerdo que nos parece, incluso lógico, ya que el concepto de anormal es dependiente y relativo. Sobre ello puede verse, Bridges, J. W. «What is anormal psychology?»; Davies, A. E. «What is anormal psychology?»; Warren, «Dictionary of Psychology»; etc., etc.

ducta humana que psicológicamente se trata de determinar, se halla situado en los límites fronterizos de lo normal y anormal. ¿Dónde empieza uno y otro de ambos aspectos? La separación entre ellos no es tajante ni mucho menos y depende en todo caso de un juicio de valoración personal que a su vez depende de la valoración general, movédiza igualmente en su constante evolución. Es innegable que determinadas conductas serán consideradas casi siempre como anormales, especialmente las constituidas por desviaciones del instinto sexual, etc. Otras sin embargo, variarán según las épocas y su sentir social. En general, se estima como anormal o entra en esta categoría, no una simple diferencia sino lo suficientemente irregular o desordenado para constituir por sí una entidad distinta con características propias. Las causas de dicha anormalidad pueden ser muy variadas. Algunas de ellas serán examinadas en el presente trabajo. Interesa señalar, y ello tiene gran importancia que Psicología anormal no es lo mismo que Psicopatología, es decir, que no toda anormalidad es forzosamente patológica sino simplemente extranormal y esta extraanormalidad puede ser sub o supernormal. En el campo de dicha anormalidad cabe pues, no sólo lo estrictamente patológico sino también la psicología de individualidades superiores o extraordinarias (escritores de alta calidad, el hombre de genio, etc., etc.), y las situaciones especiales provocadas por el sueño, hipnosis, etc.

Esa anormalidad psicológica se traduce en lo literario por una actitud de lucha, de disconformidad o de rebeldía, o sea en una conducta activa que la sociedad, en virtud de su propia psicología y usos de costumbres, califica de antisocial en muchas ocasiones.

El concepto de criminalidad es amplio, pues si bien es cierto que del mismo los códigos y leyes suelen dar una especie de definición, la misma apenas indica algo que nos permita fijar su verdadera naturaleza. El delito o crimen representa una

transgresión del orden jurídico, de índole extrema y entre el delito—conducta antijurídica—y la conducta antisocial hay una gran diferencia. Antisocial es faltar a determinadas reglas y costumbres establecidas por el uso social y aun impuesta por determinados intereses. Antijurídico es violar la ley. Lo antisocial es término más amplio que lo antijurídico y así todo acto antijurídico es antisocial pero no toda conducta antisocial es forzosamente antijurídica.

La criminalidad de que vamos a ocuparnos es tanto la latente como la activa. Desde un punto de vista moral y social, como reproche, el concepto de criminalidad es más extenso que el que puede deducirse de la ley penal que representa un *mínimum* del *mínimum* ético. Una absolución judicial no suprime siempre el carácter de criminalidad que el juicio de reproche de la colectividad ha adjudicado a una determinada actitud o conducta. Inversamente, una condena no implica forzosamente para la colectividad, un reproche de criminalidad. Vemos pues, que este concepto es también un concepto relativo aunque a los efectos de una garantía penal se exija su previa fijación por la ley.

Al jurista sólo le interesa la activa. Al psicólogo las dos y es que para éste la criminalidad considerada psicológicamente es mucho más amplia que la legal exigida por los códigos. Así pues, el hecho de que el escritor perpetre o no un delito, es algo que sin ser secundario a los efectos de nuestro estudio no tiene importancia de primer plano. No actuamos pues desde un punto de vista práctico, de índole procesal, sino especulativo y a los efectos de construir una teoría que se basa, como es justo, en los correspondientes hechos y fenómenos.

En resumen, se trata de examinar la Literatura como expresión de anormalidad y aun criminalidad, sin que por ello queramos indicar que aquélla es en términos absolutos y generales expresión indiciaria de las dos últimas.

II.—PLANTEAMIENTO DE LA CUESTIÓN

Esta puede ser formulada así: ¿Existe una correlación entre Literatura, anormalidad y criminalidad? ¿El hecho de ser literato implica una anormalidad psicológica previa y a veces una criminalidad latente? Conforme a los conocimientos psicológicos puede afirmarse que dicha anormalidad, a veces una simple neurósis, si bien superior a las de tipo medio, es la causa determinante de la actividad literaria y no la anormalidad psicológica producto de ésta.

El concepto de anormalidad comprende no sólo diversas formas neuróticas, sino también otras manifestaciones anormales que conducen por diversos caminos y en determinadas circunstancias al crimen y siendo con frecuencia, sin necesidad de llegar a éste, reveladoras de una criminalidad latente. Hay pues, en tan ancho campo, círculos tangentes que pueden dar lugar a la siguiente correlación:

Literatura—anormalidad—criminalidad

Desde un punto de vista causal esta enumeración y las siguientes serían enunciadas en un sentido inverso y si ello no se hace así es porque en el presente trabajo el término Literatura actúa en función de expresión de los otros dos.

En la mayor parte de los casos los términos se reducen a dos:

Literatura—anormalidad

En el primer supuesto la anormalidad suele ser patológica y entrar en el campo de la Psicología criminal, aunque si bien no siempre ello es así. En tal caso el autor forma parte de la variada tipología criminal, lo cual no quiere decir que sea precisa-

mente un delincuente y no lo es porque la Literatura, el ejercicio de la actividad literaria, es el escape que le permite no caer en el crimen. A veces tal escapatoria psicológica no basta y el escritor es además un auténtico delincuente, tal fué el caso de Villón. En este supuesto la correlación adquiere un nuevo término y puede formularse así:

Literatura—anormalidad—criminalidad—crimen

En esta hipótesis el ciclo queda perfectamente cerrado y sus dos extremos representan la plena actuación de un tipo criminal.

III.—BASES TEÓRICAS

El ser escritor no es la actividad normal del hombre ordinario. Si fuera posible hacer una estadística rigurosa de ocupaciones y profesiones veríamos que la de escritor, entendida correctamente como creación artístico-literaria del espíritu y del conocimiento humano, ocuparía uno de los últimos lugares en razón de que a diferencia de la mayoría de las otras profesiones, la de escritor no se aprende ni se estudia, pues se nace o no literato. La misma representa en su realización una proyección de la propia personalidad, proyección que no se da o se verifica en escasa medida, en las profesiones de arquitecto, labrador, mecánico, empleado o funcionario, etc.

Esta exteriorización escrita de la propia personalidad, obedece a un proceso psicológico, que no es normal en cuanto él mismo no aparece corrientemente en los demás hombres. Ahora bien, toda singularidad sentida o sabida engendra inevitablemente un sentimiento de superioridad que se acrece en el escritor en virtud de su actitud de observación y crítica de la vida, sus pasiones y fenómenos y especialmente en virtud de su labor creadora. Ese sentimiento de superioridad no le impedirá,

incluso el aparecer como modesto, modestia que las más de las veces será una mistificación, pues en su fuero interno se estimará siempre por encima de los demás, sensación que no es fácil de disimular. Dicha superioridad le conduce forzosamente a una actitud inconformista de protesta o de lucha que puede calificarse de antisocial respecto a los usos, costumbres y mentalidad de la sociedad de su tiempo. La antisocialidad será mayor si el escritor postula más o menos enérgicamente una nueva fórmula o concepción artística, moral, social, etc., o si sin establecer nada de esto ataca violentamente por medio de su obra los usos y mentalidad citados, considerándolos necesitados de una reforma. Todas estas posiciones revelan la pugna con el ambiente que se considera por la sociedad como normal.

La propia vida privada del escritor suele ser la mayor parte de las veces un índice bastante seguro para confirmar paralelamente la psicología anormal del escritor, anormalidad que se deduce principalmente de su obra. Dicha vida suele caracterizarse por su desarreglo o desorden, característica que sin ser privativa de las gentes de letras se da en ellas con más frecuencia que en otras profesiones, teniendo, por tanto, un valor sintomático. También puede tener éste el llevar una vida excesiva o minuciosamente reglada, pues el exceso de orden, la extrema meticulosidad e intransigencia en alterar las normas de vida, incluso en sus aspectos más nimios, demuestran la existencia de una anormalidad psicológica o cuando menos de una neurosis de cierta importancia que tiene su compensación en un vicio o en un defecto que se practican más o menos ocultamente (1).

En la casi totalidad de los escritores que mantuvieron una

(1) Un caso típico lo ofrece el literato inglés Joseph Addison, uno de los ensayistas más notables del siglo XVIII. Su literatura es neoclásica plena de orden, uniformidad, suave crítica irónica y gran erudición, es decir toda su obra de una sensación de equilibrio y conformidad. Aparentemente su vida privada correspondía a tales características. Sin embargo, sus «Cartas», no destinadas a la publicación, le delatan como un ansioso

actitud de lucha o disconformidad con el medio ambiente, se encuentra un fenómeno de desadaptación o inadaptación en el cual se dan, en mayor o menor medida, las siguientes características: Vaivenes de fortuna; vida amorosa o afectiva irregular; multiplicidad de viajes sin motivo aparente, pero que en muchos casos constituyen auténticas evasiones psicológicas; diversidad de profesiones y oficios como medios de auxiliarse en una casi constante inestabilidad económica; incidentes y aun procesos judiciales; etc., etc. Todas estas características son la prueba, juntamente con el análisis de su obra—elemento primordial—de una desaptación social, de una antisocialidad frecuente entre los escritores. Dicha antisocialidad es consecuencia de una anormalidad psicológica que si bien puede estancarse, limitándose a hacerles escribir, otras los lleva, con harta frecuencia, a una criminalidad latente que puede estallar en la comisión de un crimen o delito o bien desviarse por los oscuros caminos de la enajenación mental o práctica de algún vicio o costumbre estimados por lo general como anormales. En todo caso la antisocialidad existe y no dejan nunca, salvo casos de imposibilidad material o psicológica, de ser escritores. Entre otros muchos casos pueden citarse los siguientes: Villón, Swift, Poe, Quincey, Oscar Wilde, Baudelaire, Verlaine, Wainewright, Strindberg, etc. Dicha desadaptación puede explicarse en muchos de ellos como consecuencia de un complejo de inferioridad.

Psicológicamente hablando la palabra inferioridad tiene un sentido más amplio que el literal que le es propio, pues significa falta de adaptación al medio ambiente que puede ser tanto en más como en menos. Este sentimiento de inferioridad que en

de índole enfermiza por toda clase de honores y recompensas y por ser un amante más que pronunciado del vino. Como vemos, una pequeña parte de su producción literaria descubrió su verdadera personalidad o al menos la mostró en su aspecto más anormal, demostración que se explica por el carácter íntimo de dicha correspondencia:

principio según López Ibor (1) existe en todo ser humano cuando da sus primeros pasos en el mundo, se acentúa en otros como consecuencia de defectos corporales u orgánicos. Dicha acentuación implica la necesidad de una compensación o como dice gráficamente el autor citado, de un «arreglito», que es pura o simplemente la neurosis en sus variadas manifestaciones y diversa gravedad. Mientras el aquejado no encuentre su ambiente compensatorio se hallará en perpetuo desequilibrio cuyas consecuencias pueden ser rápidamente funestas no sólo para él sino para la sociedad. La compensación puede lograrse por el propio sujeto con el ejercicio de una actividad o la realización de ciertos actos que encuadren su personalidad. Aun logrado dicho equilibrio, siempre fácil a desaparecer, el individuo será siempre, cuando menos, un neurótico.

Añadamos para una mejor comprensión que dicha desadaptación puede producirse tanto en virtud de un sentimiento de inferioridad como de superioridad, es decir, que complejo de inferioridad significa una diferencia en la adaptación con el medio ambiente. Dichas diferencias, en más o en menos, no es preciso que sean reales pues basta con que el individuo las crea así. La inadaptación puede presentar muy diversos aspectos: indiferencia, exagerada frialdad, aislamiento, hosquedad y aun agresividad frecuente, afirmación constante de su personalidad, etc. En el caso del escritor es este el camino que se sigue y así su obra, como ya se apuntó, es la proyección y afirmación genuina de su personalidad y representa el equilibrio que la anomalía de aquélla exige, el escape de seguridad que se necesita y que algunas veces falla desembocando bien en la perturbación mental o bien en el crimen.

El Arte—la Literatura lo es—es justamente, y tal afirmación es ya clásica en el psicoanálisis, la puerta abierta a la eva-

(1) Véase Juan J. López Ibor: «Lo vivo y lo muerto del Psicoanálisis», Barcelona, Miracle editor 1935, p. 69.

sión que acabamos de señalar. Por ello el escritor propugna a veces un modo de actuar o de vivir conforme al cual desearía que la realidad o su propia vida fuesen. Incluso se da con frecuencia el caso que el autor no ose vivir o conducirse de acuerdo con lo que él expone o proclama. En este supuesto, su vida privada suele ser una mistificación que se sostiene en parte a fuerza de voluntad y en buena parte por la amplia huída psicológica que representa su producción literaria. Por esto insistimos en que la obra más que la vida del autor es la que cuenta para poder determinar la psicología del escritor.

La diferencia entre el artista y el hombre de genio, con el cual se halla emparentado tanto aquél como el criminal, es que mientras el primero con su creación dice simplemente: yo quisiera que la vida fuera así, el hombre de genio, mucho más anormal, toma una actitud más categórica y aprestándose a la lucha con muy diversos medios (filosofía, religión, guerra, política, etc.), afirma: la vida será así. Los ejemplos no faltan en la historia: Alejandro, César Borgia, Napoleón, etc.

Ahora bien, la obra literaria y aun el batallar literario en defensa y afirmación de ese «quisiera o debería ser» no basta en ciertos casos de más acusada anormalidad como evasión compensatoria y entonces el escritor desviándose trata unas veces de buscar el equilibrio viviendo conforme a su tesis, adaptación que puede llevarle a cometer un delito (Oscar Wilde), otras, la salida es la comisión de un hecho delictivo que no está en consonancia con sus doctrinas o concepciones (Verlaine); en ocasiones es el alcohol quien domina y mata (Poe); otras, es la locura la que acaba por vencer (Swift), y a veces el suicidio (Ganivet), etc. Todos estos casos son el resultado de procesos psicológicos que enraízan en el amplio campo de la anormalidad, en el cual se codean el criminal y el hombre de genio, estos últimos íntimamente ligados entre sí, si bien el delincuente se distingue en que para vivir suele necesitar a la sociedad, mientras que el hombre de genio

trata de destruirla para hacerla conforme a su «así será» (1). El paso de una a otra categoría, dentro de la anormalidad es fácil, no dependiendo del querer del propio individuo, sino de factores endógenos y exógenos contra los cuales no puede siempre reaccionar, por grande que sea su voluntad, influencia de la educación, etc. Los exógenos suelen realizar una acción provocadora o aceleradora de gran influencia, pudiendo citarse entre ellos la burla, la incomprensión, el desprecio, y todas aquellas otras formas de que se vale toda sociedad para no admitir lo que se halla en pugna con sus prejuicios, concepciones y costumbres.

En todo caso, la correlación que nos sirve de tema existe y ella es mucho más frecuente de lo que se puede imaginar. Dicha frecuencia crece a medida que la sociedad se organiza y exige más dejando por diversas razones una esfera menor al individuo. Así actualmente se delinque y se escribe más, aumento que equivale a una busca de la compensación que la individualidad y personalidad humana necesita también en nuestros tiempos.

IV.—CASOS PRÁCTICOS (2)

Ejemplifiquemos lo expuesto con los siguientes casos:

A.—*Jonathan Swift*.—El famoso autor de los «Viajes de Gulliver», obra transformada por un fenómeno de deformación

(1) Una consideración especial es la que merecerían, ciertas formas de delincuencia político-social, como es la actuación violenta del sindicalismo. En éste es frecuente encontrar, en virtud de una constelación de motivos, una racionalización del crimen en vista de una transformación social.

(2) Podrían citarse muchos más de los que se presentan, pero el espacio de que se dispone exige una limitación. Esta se refiere también a no escoger más que escritores ya desaparecidos, pues si bien entre los actuales hay muchos que podrían utilizarse, la literatura francesa contemporánea nos ofrece dos casos verdaderamente típicos, no sería correcto servirse de ellos por razones fáciles de comprender. Añádase que su ciclo en cuanto viven aún no está todavía terminado y, por consiguiente, toda conclusión sería aventurada.

en un relato infantil, cosa en que ni remotamente pensó su autor, que quiso hacer con ella una de las críticas más severas de su época (1), es uno de los casos más típicos que ilustran nuestra tesis, pues su anormalidad se refleja en toda su obra y es confirmada por su propia vida.

Su «*Modest Proposal for Preventing the Children of Poor People in Ireland from being a Burden to their Parents or Country, and for Making Them beneficial to the Public*» sobrepasa lo que se ha de entender por humorismo, siendo esta obra la expresión de un desprecio profundo contra el género humano a través del que le merece una trágica realidad: la terrible miseria del pueblo irlandés, cuyos niños propone cebar para comerlos después a guisa de alimento. Los detalles que el autor expone sobre la calidad, gusto y ventajas económicas de tal manjar muestran claramente la indicada aseveración. Esta puede deducirse también de sus famosos «*Viajes de Gulliver*», en los cuales ataca también el sistema social, el capital, el trabajo y la propiedad privada, y todo ello no como político sino simplemente como escritor.

Su obra «*The Drapier's Letters*» puede dar la sensación de mejores sentimientos, pero aquella desaparece si se examina profundamente el sentido de su obra. Es cierto que con ésta coadyuvó en gran medida a que el gobierno inglés suprimiera en Irlanda una medida injusta, pero no lo es menos que tal obra no fué escrita por un impulso de verdadera generosidad, sino más bien producto de un hondo resentimiento. En lo religioso su afán crítico y reformador se manifiesta al atacar la organización y divisiones religiosas existentes, propugnando en su «*The Tale of a Tub*» una unidad cristiana (2).

(1) V. Firth, C. H. «*The Political Significance of Gulliver's Travels*», *Proceedings of The British Academy*, IX (1919-1920), págs. 237-259; del mismo autor «*Dean Swift and Ecclesiastical Preferment*» (*The Review of English Studies*) 1926, págs. 1-17.

(2) Sobre la actitud de Swift respecto a la religión v. Darnall, F. M. «*Swift's Religion*», publicado en «*The Journal of English and Germanic Philology*» XXX (1931), págs. 379-382.

Su anormalidad psicológica se sigue manifestando, proyectándola en sus composiciones poéticas: «El día del juicio», «El diario de una dama moderna», «El tocador de una dama», «Una joven y bella ninfa se acuesta», etc., en las que no sólo se recrea en intimidades de alcoba crudamente expuestas, sino en detalles sobre las más rudimentarias funciones fisiológicas humanas. Con razón ha dicho Aldous Huxley que si se quieren leer sus poemas sobre las mujeres y se tiene un estómago delicado, hay que hacerlo con un frasco de sales a mano.

Un contraste de un gran valor psicológico, nos lo ofrece su «Journal to Stella», tierno y delicado y que iba dirigido a su mujer, cuyo nombre de Esther transformó complicadamente en el de Stella.

Veamos ahora lo que ofrece su vida como confirmación de su obra.

Como profesión tuvo la eclesiástica protestante, alcanzando la categoría de Deán. Ejerce en varias ocasiones las funciones de secretario particular. Se casa con Esther Johnson, cuyo matrimonio secreto ha sido puesto en duda. Lo que sí parece cierto es que el mismo no se consumó nunca, lo que plantea el problema de su sexualidad que fué en todo caso anormal, se consumara o no el citado matrimonio. La opinión más extendida es que fué un caso de anestesia sexual, conforme a Kraft-Ebing, es decir, incapaz de actividad sexual, lo cual no excluye la ternura ni el cariño (1). A los cuarenta y nueve años comienzan a mostrarse claramente síntomas de anormalidad mental. En 1741, cinco años después, la locura se hace violenta y causa su muerte en 1745. Dejó su fortuna para la fundación de un hospital de locos que se abrió en Dublin en 1757. El mismo redactó su epitafio, cuyo alcance ha sido objeto de di-

(1) En torno al matrimonio con Esther y su consumación existe una abundante bibliografía que creemos innecesario citar. La opinión se pronuncia por la realidad del primero y su no consumación.

versas interpretaciones y que revela en todo caso su singular psicología.

B.—*Oscar Wilde*.—Su obra tan difundida necesitaría para su examen un espacio del que no se dispone aquí. Como más representativas citaremos «El retrato de Dorian Gray», «El crimen de lord Arturo Saville», «De Profundis» y «La balada de la cárcel de Reading».

El prefacio de «El retrato de Dorian Gray» es todo un compendio de la personalidad de Oscar Wilde y de los fines que él mismo persigue con su obra. Toda ésta es una reacción contra el ambiente artístico de su época, de esa época victoriana tan decantada, pero tan nefasta por su hipocresía y gatzmoñería.

Oscar Wilde artista de fino temperamento trata de no ahogarse en dicho medio no por sí, sino por salvar el Arte, cuya inutilidad afirma para mayor estupefacción e incompreensión y por ende saña, de la sociedad inglesa de su época. El movimiento estético inglés, de índole aristocrática, quiere establecer determinadas reglas y una reverencia hacia el saber que no encajan en la mentalidad inglesa de entonces.

«El retrato de Dorian Gray» es la historia de dos criminales que pudiéramos calificar de constitucionales. Lord Henry, espíritu cultivado y fino tiene como misión deliberada y plenamente consciente la de corromper a la juventud. Dorian Gray es el joven indolente, artista a su manera, paradójico, vicioso por convicción e incapaz por su pereza de todo trabajo. Como víctima de sus designios escoge a Basil, el pintor de su retrato, a quien un día mata. Dorian sigue la vida que le impone su morbosa naturaleza y cae cada vez más hondo. Pese a sus vicios su semblante no refleja su desarreglada conducta, pero sí el retrato que envejece paulatinamente. Dorian, al querer destruir éste se mata, y entonces al morir envejece y se iguala por unos instantes al retrato que recobra su primitiva juventud.

En tal obra no hay ni bien ni mal, y el final de Dorian

no representa un arrepentimiento, ni un fin justo como se ha pretendido ver. Los dos protagonistas son, simplemente, amora-les, pues para Oscar Wilde, recordemos su Prefacio, la moralidad es secundaria y lo que importa es la belleza, la perfección, el que el libro esté bien o mal escrito. Eso es todo.

Oscar Wilde odiaba el utilitarismo inglés, su espíritu práctico, su desprecio por la abstracción artística. Quiso imponer una concepción estética y, naturalmente, fracasó y probablemente fracasaría hoy día. Su obra revela en él un hombre de acción, acción que le lleva, en su afán de doblegar la vida al arte, al delito. Este fué perpetrado de una manera consciente y conforme a la idea del mal, de la cual se halla empapada toda su obra.

En cuanto a su vida ésta se adapta más que en otros escritores a su obra literaria en consonancia rigurosa con el principio por él expuesto de que la vida debe seguir al Arte. Su madre no fué una mujer normal y prodigó a su hijo, en su infancia, los cuidados y atenciones propios de una niña, como compensación al deseo intenso que tuvo durante todo el embarazo de que le naciera una hija. Gustaba de salir poco, haciendo la vida doméstica durante el día con luz artificial por no soportar la natural. En este ambiente se educó Oscar Wilde, que indudablemente sufrió de un complejo de inferioridad, que evolucionó después y como defensa, en un sentimiento de superioridad. Por eso luchó contra la sociedad de su tiempo. Sexualmente y dentro de su matrimonio fué, evidentemente, un hombre normal y tuvo hijos. La cuestión de su vicio plantea un problema interesante y es el de saber hasta qué punto fué éste voluntario y por seguir los principios de su doctrina sobre el bien y el mal. Probablemente no fué un caso patológico, pero sí de una anomalía próxima a la patología. Intentó un proceso de difamación contra el marqués de Queensberry, proceso que se volvió después contra él, siendo condenado y purgando su

pena en la cárcel de Reading. Después pasa a Francia, separado ya de su mujer, y muere obscuramente.

La antisocialidad y criminalidad de Oscar Wilde no ofrecen duda. Las mismas se manifiestan no sólo en su vida sino más acusadamente en su obra. En «De Profundis», al final de su existencia, él mismo facilita tal conclusión al decir: «La única acción vergonzosa, imperdonable y para siempre despreciable de toda mi vida ha sido la de acudir a la sociedad para que me socorriera y protegiera». Efectivamente, su querrela de difamación que más tarde dió lugar a su condena, es respecto a él una capitulación ante la sociedad que tanto aborrecía.

C.—*Juan Augusto Strindberg*.—Su obra, sus variados conocimientos y su vida le colocan en el primer rango de los escritores del siglo XIX. En casi toda su producción campea una antisocialidad profunda y violenta, una frecuente apología del crimen y sobre todo un hondo y terrible individualismo. Strindberg es un caso típico de inadaptación.

En «Fuera de la ley» todos sus personajes, tan distintos, viven y actúan angustiados por la duda. Quien duda es un individualista y todo individualista es forzosamente un rebelde. Otro caso de lucha del individuo contra la sociedad nos lo ofrece «En plena mar», donde narra la vida del inspector Borg, de las Pesquerías del Estado en un pueblo de pescadores. Toda la obra contiene la lucha constante entre él—individuo—y el grupo de pescadores con quienes mal convive—la sociedad—. Hundido, abandonado por la mujer que le quiso, tras una serie de miserias Borg se vuelve loco. La víspera de Nochebuena recobra la razón y entonces se embarca solo y se pierde en el mar. En la obra existe no sólo una atmósfera de odio y asco hacia la sociedad, especialmente hacia la clase burguesa, sino también una atmósfera de violencia y de crimen. Si la sociedad le vence, Borg termina por librarse de ella marchando hacia la eterna soledad e independencia: la muerte.

Significativa por su carácter autobiográfico es «El cuarto

encarnado», obra en la que el punto de vista criminal y su tendencia antisocial prevalecen. Estas características aumentan en «La condesa Julia», en la que ésta provoca, excita y logra a Juan el ayuda de cámara de su padre. Quieren huir, pero necesitan dinero y entonces Juan induce a Julia que se lo robe a su padre. A partir de este instante el predominio de Juan sobre su amante se manifiesta a todo lo largo de la obra y tiene un enorme valor psicológico-criminal. Julia accede y roba, pero al tratar de huir los dos estalla entre ellos una disputa por si ella ha de llevarse o no un pájaro que tiene. Juan furioso mata al pájaro y la huída no se realiza. Julia, aterrada ante la idea de que su delito va a ser descubierto pregunta a Juan qué debe hacer y éste fría, calculadamente, le da una navaja de afeitar y ella subyugada, se mata.

Juan representa el tipo del criminal frío, sereno y dominador para el cual el bien y el mal no existen. Después del suicidio de Julia vuelve a ser, sin remordimientos de ninguna clase, lo que era: un perfecto ayuda de cámara que no teme ni recibe castigo de ninguna clase. La obra no revela exactamente el triunfo del crimen, pero sí la indiferencia de éste en ciertos supuestos, indiferencia que es un serio ataque contra la sociedad.

«El Infierno» es un típico caso de una obsesión o mejor aun de una perversión terrible al valerse de un subterfugio para reunirse con la mujer propia, de la que se encuentra el protagonista separado en virtud de un divorcio que se tramita. Lo interesante es que la obra se basa sobre la propia realidad vivida por el autor, que se valió de la mentira de hacer pasar por enfermos a sus hijos a fin de reunirse con su segunda mujer, de la cual se hallaba separado. Los hijos enfermaron, lo que plantea el problema de la criminalidad de los pensamientos o deseos. Esta obra representa un valor psicológico enorme respecto al autor. Su tesis es que el hombre es criminalmente responsable, aun absuelto por un tribunal, no solamente de sus

actos, exigencia jurídico-penal, sino de sus propios deseos, pensamientos y palabras, juicio de reproche de índole moral y de carácter individual y social.

La vida de Strindberg fué particularmente interesante y reveladora, juntamente con sus obras de que sin éstas hubiera sido un auténtico delincuente en el sentido jurídico de la palabra. Fué un hombre extraño, de grandes conocimientos, especialmente filológicos, pues aprendió el chino sin ir a China y sin necesitarlo para nada, dramaturgo, botánico, químico y un verdadero rebelde, un ultraindividualista. Su vida escolar fué desordenada y se le reputó como idiota. Fué sexualmente precoz. Su vida económica fué difícil, dura, en especial durante sus primeros tiempos. Fué anticristiano, enemigo de la familia, institución que consideraba inmoral, y de joven estuvo a punto de ser detenido por haber maltratado a un policía en un tumulto. Afortunadamente escapó. No creyó en nada ni en nadie, aunque sí en la existencia de ciertas fuerzas ocultas. Fué despreciado y aun perseguido, y más tarde respetado, y no murió loco, pero en todo tiempo pesó sobre él la acusación de enajenado. La cuestión está en saber dónde empieza y acaba en la vida, la locura. En todo caso fué un hombre de genio y un gran escritor.

V.—RESUMEN Y CONCLUSIÓN

Los tres casos expuestos, aunque con aspectos coincidentes, representan tres modalidades distintas de la anormalidad y que encuadran perfectamente en las tres correlaciones que se expusieron al principio y que son base del presente ensayo.

En primer término Swift un buen escritor que critica duramente los defectos de su época; que se detiene con complacencia en el relato de ciertas escabrosidades e intimididades; que tuvo una vida amorosa anormal, etc. No puede decirse de él que fuera un luchador, pero sí un reformador y sobre todo un

hombre con gran capacidad de desprecio. Su anormalidad finaliza en locura y no llega, pese a su sarcástica ferocidad, a ser un criminal latente. Su correlación es la más simple de todas: Escritor-anormalidad.

Augusto Strindberg es un auténtico luchador, un demolidor de la religión, de la sociedad y de la familia. Su locura, aunque imputada, no ha podido probarse, pero sí fué desde luego un gran anormal y un criminal latente. Su obra le impidió cometer un crimen. Su formulación es: Escritor-anormalidad-criminalidad.

Oscar Wilde, hombre también de acción hasta el último extremo, pues obliga a su vida a seguir su Arte, es no sólo un gran escritor sino también un anormal; posee una criminalidad latente y perpetra un delito, precisamente el más adecuado para afirmar su tesis. En él, el ciclo se completa: Escritor-anormalidad-criminalidad-crimen.

Los tres fueron auténticamente escritores y sus casos son representativos de muchos otros que con diversas variantes pero en el fondo los mismos, podrían citarse.

Para terminar, insistiremos en decir que la generalidad de nuestra teoría no trata de ser absoluta, si bien el valor que adjudicamos a la Literatura es de ser en la mayor parte de los casos expresión de una anormalidad y en otros, menos, también de una criminalidad. El ser escritor entraña más riesgos personales y aun sociales que los que comúnmente pueden creerse. Algunos escritores pudieron ser peligrosos y como tales se les aisló y combatió socialmente, pero en realidad no fueron nocivos, pues la Sociedad y la Cultura se transforman y acrecientan siempre con la obra de ellos.